

Elpida. Jamás dejaremos olvidar ninguna de estas verdades; con cuyo socorro, nada nos parecerá penoso en esta vida, por llegar á tan sublimes recompensas.

Benigna. Cualquiera que tuviese siempre en la memoria estas verdades, miraría como cosa muy leve todo cuanto hay que hacer y que sufrir, para alcanzar aquella ventajosa remuneración.

Asteria. Ciertamente, que es tener muy poco ánimo, el acobardarse á la menor dificultad que se encuentre en el camino que guía á la posesión de unos bienes tan inmensos.

Benigna. Yo, por mí, me avergüenzo cada instante y no ceso de admirar, que sea tanta la flojedad que se vé en personas, que hacen profesión de creer y esperar todas estas cosas.

Elpida. Renunciemos para siempre nuestra desidia; y si por ventura tuvieremos que hacer ó que sufrir alguna cosa difícil, acordémonos, para alentarnos y movernos, que todos nuestros trabajos y penas no han de durar mas que cuatro instantes; en lugar que una bienaventuranza inexplicable y sin fin, será la recompensa y corona (1).

Benigna. Son unos sentimientos esos tan prudentes, como justos: haced lo que decis, dentro de muy poco será vuestra la Eternidad.



1 Rom. 8. etc. 2. Cor. 4. 17.



CONVERSACION LXXX

SORRE EL DESEO DEL CIELO.



Bertila. Quisiera yo saber en qué consiste, que tengamos tanto apego á la Tieira, y que nos cueste tanto trabajo y repugnancia el dejarla.

Celiña. Esa curiosidad tuya me parece que está muy en su lugar; y no es menos loable el deseo de inquirir la causa de ese apego, que has insinuado.

Valentina. Tambien yo gustaría de saber la razón de esto; porque se encuentran muy pocas personas que sean verdaderamente desprendidas.

Celiña. Esta es una de las consecuencias de nuestra ceguedad, y de las tinieblas que nos rodean.

Bertila. Yo creí que ibas á decir, que era esto, porque la vida es amable, y porque en ella se encuentran muchos atractivos, y se goza de mil suaves delicias.

Celiña. No; yo estoy muy lejos de alegar esa razon: porque no puedo persuadirme á que sea amable una vida, que solo esta llena de pesar y de amargura, una vida, que es un conjunto de todo género de males y de miseria; una vida, sobre la cual no puede una contar con que la ha de poseer un momento despues; una vida, en fin, que forzosamente ha de acabarse, tarde ó temprano; por el suplicio de la muerte.

Valentina. Convenimos desde luego en que mirada por este lado, nada tiene de amable.

Celiña. Decidme, pues, ¿por cuál lado halláis que lo sea?

Bertila. Pero últimamente hay infinitas personas que pasan una vida sin pesar ni amargura; y que parece están exentas de los males y miserias que oprimen á los demas.

Celiña. ese retrato (permitidme que os lo diga así) no se halla mas que en vuestra imaginación; porque nadie hay que sea como vosotras decís, aun sin exceptuar los ricos y los poderosos del siglo.

Valentina. Yo me figuraba á esos hombres, como superiores á todos los infortunios de la vida.

Celiña. Pues yo te digo, que un pobre artesano, que sea hombre de bien; que gasta buena salud; y que gane la vida con el sudor de su rostro, vive aún mas contento que aquellos.

Bertila. Hé aquí, pues, á lo menos, segun tu modo de pensar, unos hombres que viven contentos.

Celiña. No me hagais decir lo que yo no he dicho:

lo que sí digo es. que viven mas contentos; no que absulatamente lo vivan: porque á la verdad, ¿cómo se ha de reputar por feliz una vida, en la cual no se puede adquirir lo necesario, sino padeciendo todo el rigor de las estaciones.

Valentina. ¿Segun eso, todos los hombres son infelices?

Celiña. Credme, que es así; unos mas, otros menos: porque ninguno hay, que no tenga mucho que sufrir; y si el sufrir es ser desgraciados, en este sentido digo, que todos los hombres lo son.

Bertila. Y ¿cuál es la causa de todo eso?

Celiña. No busqueis otra que el pecado. Todos los hombres, antes del pecado, estaban destinados á vivir felices en este mundo; y un solo pecado les hizo infelices á todos, en el sentido que ya hemos dicho, y aun en todo sentido.

Valentina. ¿Luego, en tu juicio, no hay hombre alguno sobre la tierra, que sea dichoso?

Celiña. Perdona, te digo que no es así: aquellos son dichosos, en cuanto se puede ser en este mundo, que sobrellevan con sumision, paciencia y buen ánimo todos los trabajos, aguardando y suspirando por otra mejor vida.

Bertila. ¡Que! ¿Tienes tú por felices esos hombres?

Celiña. Lo son, conforme acabo de explicaros, en cuanto pueden serlo en este mundo, por la esperanza que tienen de ser algun dia verdaderamente felices.

Valentina. Mas al fin, se disfrutan á interválos las dulzuras de este mundo.

Celiña. Vosotras decis bien, que á *interválos*; y aun estos muy cortos y muy rápidos.

Bertila. Convenimos en que sean cortos; pero por esa palabra *rápidos* ¿qué es lo que quieres decir?

Celiña. Quiero decir, que en el momento mismo que se les ve empezar, se les vé tambien desvanecerse, para que entre en su lugar el sinsabor y la amargura.

Valentina. Pero ¿eso es verdad en rigor?

Celiña. Yo no quiero otro fiador para esto, que la experiencia.

Bertila. ¿con qué no se puede contar con gustar de ninguna dulzura en esta vida?

Celiña. No digo yo eso; lo que digo es, que esta tal dulzura es muy rara, muy corta y muy veloz.

Valentina. Sin embargo, hay muchísimas personas que se divierten bien y por largo tiempo.

Celiña. Esas diversiones, ó son inocentes, ó pecaminosas; si son inocentes, jamás son largas ni duraderas; si son pecaminosas, despedazan al alma á cada momento que se goza de ellas.

Bertila. Pues eso no se echa de ver en el semblante de las tales personas.

Celiña. ¿Sabéis á quién comparo yo esas personas, que se regocijan de una manera culpable? Las comparo á un hombre que metido en lo mas obscuro de un calabozo, y cargado de prisiones, se divirtiese con estar aguardando á que vinieran por él, para llevale al suplicio.

Valentina. ¿Y es adecuada esta comparación?

Celiña. Lo es muchísimo; porque lo mismo que este reo, se ven ellas atormentadas interiormente, en medio de sus mayores diversiones, con la expectativa de una muerte funesta.

Bertila. Pero á veces se ha visto, que algunos reos se divierten bastante, olvidando del todo, lo que les iba á suceder de allí á un momento.

Celiña. Creedme; semejantes hombres no estaban interiormente, como aparentaban por defuera; por mas desatinados que fuesen y por mas que quisieran disimular, siempre habían de pasar malísimos ratos.

Valentina. ¿Con qué no hay que darle vueltas? Absolutamente no hay que aguardar el poder gustar de lleno, dulzura ninguna en esta vida.

Celiña. Yo, por mí, no se que haya otra, que la de tener una buena conciencia.

Bertila. ¿Luego ese es el único partido que debe tomarse?

Celiña. Eso es lo que debéis hacer, si queréis ser prudentes; pero, además de esto, os habéis de desprender cada dia mas de este mundo, en que no sois ni debéis contemplaros sino como desterradas y expatriadas, y como un reo condenado á muerte.

Valentina. Si esto es así, podemos tener esperanzas de que nuestras miserias den algun dia fin.

Celiña. Ya se ve; cuando hubieréis llegado á vuestra Patria.

Bertila. ¿Y cuál es esa Patria que dices?

Celiña. El Cielo; aquella tierra, ó manción, de la cual están desterrados todos los males; y en donde se ven reunidos todos los bienes.

Valentina. Pero es necesario sufrir mucho, y además de eso, morir, antes de llegar á ella.

Celiña. Con tal que la consigáis debéis contar todo eso por nada.

Bertila. No por cierto, no contamos por nada unas cosas como esas.

Celiña. Pues si fuese grande vuestra fé deberéis regocijaros al pensar en aquel término feliz, que borrará en vosotras hasta la memoria de los trabajos.

Valentina. Ruega tú al Señor, que aumente nuestra fé (1), para enterarnos bien en este cristiano modo de pensar.

Celiña. Un viandante, un peregrino, un desterrado, ¿cuénta, ni estima por cosa grande todos los trabajos y fatigas que padece de vuelta á su Patria, cuando considera el gusto que tendrá, luego que ya esté en ella?

Bertila. Eso es decirnos, que imitemos este ánimo y este valor.

Celiña. Ya lo habéis dicho vosotras; esa era mi intención; y no pudieráis hacer otra cosa mejor en toda vuestra vida.

1 Esta era la petición que los Apóstoles hacían á su divino Maestro. Luc. 17. 5.

Valentina. Mas para ir á su Patria, es preciso dejar sus Parientes, Amigos, y todo cuanto se posee.

Celiña. No os de cuidado lo que hay que dejar, pues todo ello es nada; pensad sí, en lo que volveréis á encontrar, luego que hubieréis llegado allá.

Bertila. ¿Qué es lo que volveremos á hallar.

Celiña. Una multitud de Parientes y Amigos vuestros, que partieron allá antes que vosotras y que con los brazos abiertos salen ya á recibirlos y obsequiarlos.

Valentina. Todo eso es muy á propósito para inspirarnos valor y ánimo.

Celiña. Allí no encontraréis, como aquí en la Tierra, de aquellos Parientes ni de aquellos Amigos, que suelen no amaros, mas que por ellos mismos, y no por vosotras.

Bertila. ¿Qué quieres decir con eso?

Celiña. Lo que yo quiero decir es, que en este mundo las mas veces no se ama sino por algún interes propio; mas en el Cielo á nadie se amará de esta suerte, por que allí no hay necesidad de cosa alguna, como que se poseen de lleno todos los bienes; sino únicamente por Dios.

Valentina. Mientras mas vas hablado, mas inflamas nuestros deseos.

Celiña. Echad no mas que una ojeada sobre los inmensos bienes, de que allí seréis saciadas (1) col-

1 Psalm. 16. 15.

madamente; y así se inflamará todavía mas vuestro deseo.

Bertila. ¡He, por tu vida! ¿Qué bienes son esos?

Celiña. Una vida á la cual jamás veremos el fin; una salud que nada, nada, será capaz de alterarla; un gozo, una paz y un contento, que sobre puja á todo lo que se puede ponderar (1).

Valentina. ¿Y todo se reduce á esto?

Celiña. Una sociedad, íntima y familiar con los Angeles y los santos; sin eceptuar á la Santísima Virgen, que es la Reina de esta morada feliz de los Vienturados.

Bertila. Has dicho ya cuanto tenías que decir?

Celiña. Todo esto es nada, en comparación de aquellas soberanas celestiales delicias, que gustaréis, anegandoos felizmente en el oceano mismo de la divinidad.

Valentina. Nosotras quisieramos nos explicases ¿cómo son estas delicias?

Celiña. Un Angel ó alguno de los Santos pudiera tal vez deciros algo; pero yo no tengo voces para explicar dignamente una felicidad, que aun para mí es incomprendible.

Bertila. Esa es una cosa que hace desear vivamente el cielo, y al propio tiempo despreciar la tierra.

1 Epist. ad Philipp. 4. 7.

Celiña. “¡Oh, decía un gran Santo, qué desagradable me parece la tierra, cuando miro al cielo!”

Valentina. Sin ser santas, decimos ya nosotras otro tanto.

Celiña. Buena señal es esa, y un buen presagio, siempre que de resulta de lo que me habéis escuchado, procuréis poneros en tan felices disposiciones.

Bertila. Pues no dudes, que es verdad lo que decimos; y así te suplicamos que lo creas: pues no queremos ya emplear nuestra vida en otra cosa, que en suspirar con el mayor ahinco por nuestra Celestial Patria.

Celiña. Haced efectivamente esto que decís; y sin falta ninguna conseguiréis llegar á ella.

Valentina. ¿Con que no se necesita mas que suspirar, para llegar allá?

Celiña. Además de eso, es menester vivir ya aquí en la Tierra como Ciudadanos del Cielo.

Bertila. Todo eso lo haremos con la gracia de Dios; pues estamos fuertemente resueltas á hacer cuanto pudiéremos por llegar á donde está este Señor.

Celiña. ¡Ojalá nos encontremos allá, donde sin duda nos acordaremos de esta amable Conversación; y entónces, sí, que sabremos explicarnos harto mejor que ahora!

Valentina. Dios nos conceda esta gracia.

Celiña. Así sea.